

SUICIDIO

OBSERVE el movimiento de la manecilla de los segundos y, calculando maquinalmente, hice una multiplicación exacta: "A razón de sesenta segundos por minuto, debo ver girar aún la aguja tantas veces, pues en punto de medianoche me mataré..." Con suprema emoción, oí en la escalera ruido de pasos ligeros y furtivos, que me hicieron interrumpir mi cálculo. Aquellos pasos se acercaban y, por fin, se detuvieron delante de mi puerta. Carlota apareció ante mí.

Me levanté. Nos quedamos de pie frente a frente. Su rostro estaba descompuesto por el sobrecogimiento que la producía el acto que realizaba; su palidez era grandísima y extraordinario el brillo de sus ojos, casi negros, a tal punto el iris dilatado llenaba la córnea. Noté este detalle, porque cambiaba completamente su fisonomía. De ordinario tan reservada, casi sin expresión, aquella fisonomía revelaba en aquel instante el extravío de un ser dominado por una pasión más fuerte que su voluntad. Debía haberse acostado y levantado después, según lo indicaban sus cabellos recogidos en magnífica trenza. Una bata blanca, sujeta por un cordón, se plegaba alrededor de su talle; con tanto aturdimiento había saltado del lecho, que, sin darse cuenta, llevaba los pies desnudos en las zapatillas. Evidentemente, una irresistible angustia la había condeído desde su lecho a mi cuarto. No se preocupaba de lo que yo pensara de ella ni de lo que pudiera decirle. Había creído mi carta y llegaba presa de una exaltación tan viva que ni siquiera temblaba.

— ¡Ah! — dijo con voz entrecortada, después de un minuto de silencio. — ¡Alabado sea Dios, por no haber llegado demasiado tarde!... ¡Muerto! ¡He creído a usted muerto!... ¡Ah, eso es horrible! Pero ya ha concluido, ¿verdad? Prometa usted que me obedecerá, prométame usted que no intentaré contra su vida. Júrelo, júrelo usted...

Con gesto suplicante, cogió mis manos entre las suyas. Sus dedos estaban helados. Aquella entrada en mi cuarto era un paso tan decisivo, una prueba tan grande de amor en el instante en que me encontraba tan exaltado, que, sin reflexionar, sin responder siquiera, recuerdo que la cogí llorando en mis brazos, que mis labios buscaron sus labios y que la dí a través de mis lágrimas el más apasionado, el más sincero de los besos. Fué un instante de éxtasis infinito, de felicidad suprema. Ella se desvió de mí, avergonzada por lo que acababa de consentir.

— ¡Desgraciado! — dijo. — ¡Ah! ¡Es necesario que me marche! ¡Déjeme usted ir!... No se acerque usted...

— Bien ve usted que no hay más remedio que yo muera — respondí, — puesto que usted no me ama, puesto que va usted a ser la mujer de otro y todo nos separa para siempre.

Cogí el frasquito negro de encima de la mesa y lo acerqué a la luz de la lámpara para enseñárselo.

— Solamente la cuarta parte del contenido de este frasco — continué — es el remedio a tantos sufrimientos... Dentro de cinco minutos todo habrá concluido.

Y dulcemente, sin hacer un solo gesto que la obligara a defenderse, agredí:

— Sí, váyase usted; gracias por haber venido. Antes de un cuarto de hora habré cesado de sentir esta intolerable privación de usted, que me atormenta desde hace meses... Adiós, no me quite usted el valor...